

REVISTA DE ANDALUCIA.

REVISTA
DE
ANDALUCIA

CUARTO AÑO.—TOMO X

DIRECTOR-PROPIETARIO
ANTONIO LUIS CARRION

MALAGA
REDACCION, ADMINISTRACION, IMPRENTA
Calle de Clemens, núm. 1
1877

AULULARIA

LA MARMITA, Ó EL AVARO

COMEDIA LATINA DE M. ACCIO PLAUTO,

traducida al castellano é ilustrada con abundantes notas y comentarios

POR ANTONIO GONZALEZ GARBIN

Profesor de Literatura clásica en la Universidad de Granada.

PERSONAJES DEL DRAMA.

El dios Lar.—El viejo Euclion (el avaro).—Fedra, su hija.—La vieja Estáfila, criada de Euclion.—Eunomia, hermana de—El rico anciano Megadoro.—Estróbilo, su esclavo.—Anthrax y Congrion, cocineros.—Pythodico, siervo tambien de Megadoro.—Estrófilo, esclavo de—Lycónides, amante de la hija de Euclion.—Criados, cocineros, tocadoras de flauta, personajes mudos.

La escena en Athénas.—A un lado el templo de la Buena Fé.

ARGUMENTO.

Despues de un prólogo en el cual el dios Lar da cuenta á los espectadores de cómo y por qué ha hecho que el anciano Euclion se encuentre un tesoro, comienza el acto 1.º; riñendo, en la primera escena el *viejo avaro* á su sierva, porque supone que le espia sus movimientos, y la arroja fuera de la casa mientras él va á hacer una visita á *la marmita* que contiene su riqueza.—Hace luego entrar á la vieja, y le encarga que cierre la puerta y que tenga grandísimo cuidado con la casa, durante su ausencia, pues vá á recoger su óbolo en un reparto de dinero que ha anunciado el jefe de su curia, y *no quiere faltar para que no vayan á sospechar que es rico*.

Empieza el 2.º acto con un diálogo entre la virtuosa Eunomia

y su hermano el rico Megadoro: aconsejando aquella á éste que se case; y él, despues de alguna resistencia, se resuelve al fin á hacerlo; mas no con una matrona de buena posicion, como la hermana le propone, sino con la hija de su humilde vecino Euclion. Este, cuando le pide Megadoro la mano de la muchacha, se manifiesta desconfiado y receloso; mas, despues de las reiteradas instancias del primero, se decide á dársela en matrimonio *pero sin dote*. advirtiéndole repetidas veces que con esta condicion. Megadoro conviene en ello: y envia á casa de Euclion algunos regalos, cocineros y criados para que preparen el festin de la boda, mientras el mísero Euclion (haciendo un supremo esfuerzo de espíritu) ha salido con el intento de comprar algunos manjares, para celebrar tambien, por su parte, las nupcias de la hija; pero cuyas compras al cabo no realiza, *porque piden por todo un ojo de la cara*.—Al aproximarse, de regreso, á su casa, oye la barahunda que hay en ella, y cree que le están robando su caudal, lo que le hace prorumpir en exclamaciones de terror y desesperacion.

Salen al principio del acto 3.º los criados y gente de Megadoro expulsados, despues de molidos á palos, de la casa del avaro. Euclion, temeroso de que su tesoro corra nuevos riesgos, se decide á depositarlo en el templo de la Buena Fé, encontrándose al paso con su futuro yerno, de cuyos lábios oye, sin advertirlo éste, un magnífico razonamiento acerca del lujo que á la sazón desplegaban las soberbias matronas romanas, haciendo ver, en paralelo, las ventajas de casarse con jóvenes indotadas.

El acto 4.º comienza manifestando Euclion que acaba de dejar escondido su tesoro en el templo, lo cual es oido por Estrófilo, esclavo del jóven Lycónides, amante oculto éste de la hija de Euclion.—El siervo se propone arrebatar al avariento sus riquezas, lo que consigue al fin.—Lycónides manifiesta á su buena madre Eunomia el compromiso de honor que tiene pendiente con la hija de Euclion, y la suplica que hable de ello á su tío, para que se la ceda, á lo que ella se presta gustosa.—Viene luego la interesante escena en que se presenta el infeliz Euclion delirante, desesperado, loco, buscando al que le ha robado toda su fortuna; y cuando se halla entregado á sus estériles lamentos, se le acerca el jóven Lycónides, quien, al oirle, ha creído

que el pobre anciano se duele por lo de la hija, de su desgracia, y le pide perdon, confesándose autor de ella. El viejo, que ignora el suceso de la jóven, se indigna contra el mancebo, creyendo que de lo que se confiesa es de ser autor del robo de la marmita. Aclárase la situacion de entrambos, y Euclyon se dirige á su casa á informarse de lo ocurrido á su hija Fedra.

En el acto último sale el ladino siervo Estrófilo, dando muestras de grande júbilo por la mala pasada que ha jugado al viejo avariento;—declara lo sucedido á su dueño, y le pide que *le manumita*. Pero Lycónides le exhorta, y aun conmina, para que le traiga inmediatamente el tesoro de Euclyon con el fin de devolvérselo al viejo inconsolable.—En este punto (v. 22 del act. V) concluye el texto plautino. Pero por los versos de las escenas restantes, que se han conservado, citados por los gramáticos, y por la marcha de la accion, se puede adivinar fácilmente el desenlace: casamiento de Lycónides con Fedra, manumision del siervo de Lycónides, y renuncia del malhadado tesoro que deberia hacer por último el avariento infortunado, reconociendo en él el origen constante de sus inquietudes y sufrimientos.—Hánse imaginado suplementos mas ó menos acertados por varios notables humanistas, entre otros por Urceus Codrus, profesor polaco del siglo XV, por Felipe Paré, Martin Dornio de Naeldwyck, Camerario, Riccio y Sydelio. Pero el verdadero continuador de Plauto es Molière: HARPAGON y EUCLYON serán eternamente, en la esfera del arte, inimitables personificaciones de la avaricia.

LA AULULARIA, (1) COMEDIA EN CINCO ACTOS.

PROLOGO.

EL DIOS LAR. (2)

EL DIOS LAR.—Para que ninguno de vosotros se pregunte ató-

(1) *Aulularia*:

Se sobreentiende *fábula*, *La Pieza de la Marmita*: (de *aulula* dimin. de *aula*, olla, por ser el protagonista un viejo avariento, que tiene una *marmita* llena de monedas de oro). Esta pieza parece haber sido compuesta en tiempo del consulado de Caton: (195 a. C.).

(2) El *Lar familiaris* presidia á todos los *lares domésticos*

nito ¿quién será éste?, voy yo mismo á declarároslo en pocas palabras.—Pues sabed que yo soy el dios LAR de esta casa, (*señalándola.*) de dónde me habeis visto salir. Ha ya muchos años que en ella habito, y la vengo protegiendo de padres á hijos hasta el dueño que hoy la posee. El abuelo de éste me confió un tesoro, que escondió en medio del hogar, suplicándome encarecidamente que se lo custodiase. Al morir, no quiso revelar el secreto ni aun á su propio hijo (tal era el hombre de avaro!) y prefirió dejarle sumido en la indigencia, pues no heredó el infeliz sino un pequeño pedazo de tierra, con lo que el pobre vivia á fuerza de trabajos y de miseria. Despues de morir el avariento viejo, comencé á observar si el hijo me consagraba mayor devocion que la que me habia tenido el padre; pero léjos de ello, de dia en dia se disminuian en la casa los honores, que me eran debidos. Yo le pagué de igual modo, y murió á su vez. El impio dejó un hijo, el actual dueño de la casa, que es el idéntico retrato de su padre y de su abuelo; pero tiene el tal una hija, que ni un solo dia deja de consagrarme incienso, vino, coronas ú otra cualquiera ofrenda, y para premiar su devocion, he hecho que el viejo Euclion, su padre, descubra la riqueza, á fin de que, si gusta, pueda casarla ventajosamente. Un jóven de distincion la ha seducido, el cual sabe quién es la muchacha; mas ella no conoce á su seductor. El padre ignora lo sucedido.—Un señor de edad, vecino suyo, que la pedirá en matrimonio, es tio del mancebo, que atentó contra el honor de la hija de Euclion, en la fiesta nocturna de Cères (1)... Mas oid:

(los manes ó espíritus de los muertos elevados á la dignidad de semidioses). Este culto á las almas de los difuntos fué comun á los antiguos pueblos de raza ária, y origen de sus mas notables instituciones. (Véase el interesante libro de *Fustel de Coulanges*, premiado por la Academia francesa: *La Cité antique*, París: 1874, en el cap. I.)—Era, pues, el *Lar familiaris* el génio protector de la *gens*, de la casa, el guardian de la familia. Mirábasele como fundador honorable de ella, y de ella inseparable.—En esta comedia hace el *Lar* el papel del *prologus*, actor encargado de declamar el prólogo del drama, como en otra comedia de Plauto (*Ampihtruo*) recita el prólogo el dios Mercurio.

(1). Las fiestas *thesmophorias* celebradas por las mujeres en honor de la diosa Cères, la cual bajó á las tenebrosas regio-

el viejo Euclion está ya dando gritos en su casa, según acostumbra: ¿sabeis lo que és? que quiere echar fuera á la vieja que le sirve para que no se entere de nada. Sin duda se propone dar un vistazo á la MARMITA del dinero, temeroso de que se la hayan atrapado.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.ª (1)

EUCLION, ESTÁFILA.

EUCLION.—Que salgas de aqui te he dicho. Vamos lárgate.... Por vida de Hércules! que es menester que te salgas fuera, espia maldita, con esos ojos que te se saltan del casco.... (*La empuja hácia fuera.*)

ESTÁFILA.—Pero por qué me maltratais, mísera de mí!

EUCLION.—Para que seas desdichada de veras. Una tunanta, como tú, debe llevar la mala vida que se merece.

ESTÁFILA.—Pero quereis decirme á qué viene ahora el echarme fuera de la casa?

EUCLION.—Y tengo yo que darte á tí por ventura cuenta de mis actos, picaronaza, *campo sembrado de espinas*.... (2) A ver si te alejas de esa puerta!... Por aqui!... Por aqui te digo!... Miren, miren, que prisa se da la... Vamos, ésta no sabe como puede concluir para ella el asunto. Pues yo te juro que si llego á coger con mi mano un palo ó un látigo, te he de hacer que alargues ese pasito de tortuga.

ESTÁFILA.—¡Oh dioses! Cuánto mas me valiera que me hubieris destinado para el patíbulo, y no para servir, á este precio, á un amo semejante!

EUCLION.—¿Qué es lo que irá esa malvada murmurando entre nes infernales en busca de su hija Proserpina. Cometíanse graves desórdenes mientras duraban dichas solemnidades, lo que se comprende fácilmente, si se tiene en cuenta que las mujeres pasaban la noche en vela en el templo de la diosa.

(1) Copiada por Molière, en *El Avaro*, escena 3.ª del acto 1.º

(2) *Stimulorum seges*: injuria dirigida á los criados por la costumbre que habia de castigarlos, *aguijoneándoles*, pinchándoles con aguijones.

dientes?... Yo te arrancaré los ojos para impedirte que observes mis operaciones. (*Alto.*) Aléjate mas!... mas todavia!... mas!... quieta ahí! Y, por Hércules! que si te separas un dedo de ese sitio, si te apartas de él tanto como el grueso de una uña, si te atreves á volver la cabeza antes que yo lo permita... te mando al punto á la horca para que te sirva de leccion. (*Aparte.*) No he conocido en todos los dias de mi vida una vieja mas infernal que esta. Y me estoy temiendo que la pérfida sacándome alguna palabra insidiosamente, se aperciba del escondrijo donde tengo oculto mi tesoro: esa maldita que ademas tiene ojos en el cogote. Ahora vamos á dar un vistazo á esa dichosa marmita que tantos tormentos me causa, (1) á ver si está como yo la dejé. (*Vase.*)

ESCENA 2.ª

ESTÁFILA.

ESTÁFILA.—Por Castor! (2) No puedo comprender qué especie de cosa mala (3) qué clase de locura es esta, que se ha apoderado de mi amo. Le ha dado por arrojarme de la casa: á veces ¡pobre de mí! me echa fuera diez veces al dia. No se, no se, qué agitaciones son las que se han apoderado de este hombre: él no pega en toda la noche un ojo; y el dia se lo

(1) *Molière*: Cen'est pas une petite peine—que de garder chez soi—una grande somme d'argent.

(2) Por Cástor!... Por Pólux! Estas invocaciones eran frecuentes entre los romanos. Cástor y Pólux (*los dioscuros*) eran segun la mitología, hermanos de la célebre Helena; los cuales se hicieron famosos por sus hazañas en la expedicion de los Argonautas, y por su amor fraternal, que fué premiado por el padre de los dioses, colocándolos entre los astros, bajo el nombre de *Los Gemelos*: (la constel. *Gemini*). Recibieron los honores divinos, principalm. en Esparta, desde donde se extendió su culto á Italia. Los romanos los invocaban especialmente como estrellas protectoras de los navegantes: (*Sic fratres Hellenæ, lucida sidera, etc.....H.*);—y, entre otras, tenian la creencia de que *los dioscuros* les habian favorecido en la memorable batalla de lago Regilo. Así se explica la frecuencia con que los invocaban.

(3) *Molière*: Je pense, sanz correction,—qu'il á le diable au corps.

pasa como si fuera un sastre cojo, sin levantarse jamas del asiento. Por otro lado, el percance de la muchacha no hay medio de podérselo seguir ocultando, puesto que el negocio toca ya á su término... Ay!... Bien mirado, lo mejor para mí seria alargarme como una I, echándome un cordel al cuello!...

ESCENA 3.*

EUCLION Y ESTÁFILA.

EUCLION.—(*Sale de la casa.*) Vamos, ahora salgo de mi casa con el espíritu mas tranquilo, (1) pues me he cerciorado que dentro está todo asegurado: (*dirigiéndose á la vieja*) y tú, ya puedes volverte dentro, y... mucho cuidado con la casa!

ESTÁFILA.—De verdad?... Y qué cosas son las que me mandais guardar en la casa? Es por ventura no sea que se vayan á llevar la casa misma? Bah!... á fé mia, que no hay en ella otra cosa de que puedan aprovecharse los ladrones; pues no encontrarian dentro mas que los agujeros y las telarañas.

EUCLION.—(*Con ironía.*) Lástima, infame bruja, que, por darte á tí gusto no me hubiese hecho Júpiter un rey Filipo ó un Dario. (2) Pues mira, yo quiero que esas telarañas (3) se me guarden... Soy pobre, lo confieso; pero lo llevo con paciencia: con lo que los dioses me dan vivo satisfecho. Con que métete dentro, y cierra bien la puerta; estaré aqui en un segundo. Cuidado con que me introduzcas en la casa á ninguna persona extraña.

ESTÁFILA.—Y si alguien viene á pedirme lumbre?

EUCLION.—Apágala y asi no habrá motivo para que vengan á pedírtela. Y si cuando yo vuelva, me encuentro que el fogon se halla ardiendo, á tí si que te *extingo* yo entonces sin misericordia. Si vienen pidiendo agua, contesta que se ha escapado. Si te piden el cuchillo, el hacha, la mano del almirez, el mortero, cualquiera de los utensilios que suelen

(1) En el texto dice *ánimo defecato*, con el ánimo mas reposado, como el vino que se ha dejado *reposar* y cuyas *heces* van á parar al fondo.

(2) Se citan aqui estos nombres, para personificar los reyes poderosos de Europa y de Asia.

(3) La araña era insecto de buen agüero.

exigir los vecinos, respondes que han venido unos ladrones y se lo han llevado. No quiero que nadie, absolutamente nadie entre en mi casa, durante mi ausencia, estamos? Aunque viniera á visitarme la Buena Fortuna... no le des entrada en la casa.

ESTÁFILA.—Por Pólux! Se guarda ella muy mucho de visitantes: pues ni una sola vez se nos ha aproximado á pesar de tenerla tan vecina. (*Alusion al inmediato templo de la diosa.*)

EUCLION.—Cállate y vete dentro.

ESTÁFILA.—Me callo pues y me retiro.

EUCLION.—Que me cierres la puerta con los dos cerrojos. Yo estoy aqui á seguida. (*Vase Estáfila.*) Sufro un gran tormento en el alma, teniendo que ausentarse de la casa. Por Hércules! bien á pesar mio me voy; pero yo bien se lo que me hago: el *Jefe de nuestra curia* (1) ha anunciado una distribucion de dinero entre los padres de familia; si abandono mi parte y no la reclamo, al punto sospecharán todos, creo yo, que debo tener dinero en casa, pues no es verosimil que un pobre desprecie una liberalidad, por insignificante que sea, mucho menos que deje de acudir á reclamar una pieza (*numo*) de plata. (2)

Con todo, yo no sé qué es lo que ahora me ocurre: cuanto mas me afano por ocultar á todo el mundo mi secreto, mas enterados me parecen todos de él; me saludan todas las personas mas afectuosamente que antes; se me acercan; me paran; me aprietan la mano; me preguntan cómo lo paso, y qué es lo que hago; cómo andan mis negocios, en fin... va-

(1) *Magister curiæ*, dice el texto: expresion desconocida fuera de este pasaje. M. Wagner conjetura, con probabilidad, que esta debe ser la traduccion de alguna palabra griega. Los jefes de las curias presidian los actos religiosos, señalaban los dias de mercados, y arreglaban los asuntos comunes de la curia. Por lo que hace á las distribuciones de dinero, debe advertirse que constituia un rasgo de la vida ateniense, pues en Roma casi no se conocian sino en tiempo de los emperadores.

(2) *Numus*.... Es difícil determinar si cuando Plauto emplea la voz *numo*, quiere designar el *sextercio* romano que valia 2 y 1/2 ases=12 mrs., ó el *dracma ático*, que valia cerca de una peseta de nuestra moneda.

mos á lo que vamos sin perder tiempo, y asi podremos regresar mas pronto á nuestra casa.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA 1.ª

EUNOMIA Y MEGADORO.

EUNOMIA.—Quiero ante todo, hermano mio, que hagas justicia á mis intenciones, y que estimes lo que voy a decirte como dictado por el afecto y en interes tuyo: como debe hacerlo una buena hermana. Yo no ignoro que á las pobres mujeres se nos tiene siempre por importunas; que con razon somos consideradas como muy habladoras, y que por esto se dice lo de «*en todos los siglos hasta hoy se ha encontrado mujer muda.*» Pero, aun asi y todo, piensa, hermano mio, que yo no tengo en el mundo mas próximo pariente que tú, ni tú tienes tampoco mas que á mí; y por lo tanto, que es muy natural que miremos el uno por el otro; que nos aconsejemos recíprocamente lo que cada cual juzgue para el otro conveniente; que nada oculto haya entre nosotros; que no nos callemos nada por timidez, dejando yo de hacerte partícipe de mis pensamientos y tú á mí de los tuyos. Por esto te he sacado aquí fuera: para que hablemos, en secreto, de asuntos que te tocan personalmente.

MEGADORO.—Echa esa mano, ¡oh la mas perfecta de las mujeres!

EUNOMIA.—(*Mirando en torno suyo.*) En dónde está esa mujer perfecta? Quién es ella?

MEGADORO.—Tú misma.

EUNOMIA.—*Tú misma*, has dicho?...

MEGADORO.—Si te empeñas en que no, yo me retracto.

EUNOMIA.—Lo mejor, hermano mio, es que digas la verdad; y la verdad es que ninguna mujer puede ser considerada como perfecta, pues cada una de nosotras es peor que la otra.

MEGADORO.—Algo de eso creo yo tambien; y decididamente pienso no contrariarte, hermana, en este particular.

EUNOMIA.—Escúchame, ahora, si gustas.

MEGADORO.—Estoy á tu disposicion, di cuanto quieras.

EUNOMIA.—Pues bien, voy á aconsejarte una cosa que la considero muy necesaria para tu bien.

MEGADORO.—Querida hermana! tú siempre la misma...

EUNOMIA.—Es que quiero que la cosa sea un hecho.

MEGADORO.—Pero qué es ello? de qué se trata, hermana?

EUNOMIA.—De lo que puede labrar tu dicha para siempre, con la ayuda de los dioses; de que seas padre de una numerosa familia: quiero que te cases.

MEGADORO.—Me has muerto Eunomia!...

EUNOMIA.—Pero qué es eso?

MEGADORO.—Que tus palabras me han aplastado el cerebro, hermana mia; has arrojado peñones (1) y no palabras.

EUNOMIA.—Oh! Megadoro, haz lo que tu hermana te aconseja.

MEGADORO.—Lo haré... pero es si me agrada, hermana.

EUNOMIA.—Mira que es en interes tuyo.

MEGADORO.—Antes la muerte que el matrimonio, búscame una mujer á quien yo vea entrar mañana y salir pasado mañana para el otro mnndo, y, con tales condiciones, admito que me prepares la boda.

EUNOMIA.—Lo que puedo hacer, hermano, es proporcionarte una esposa ricamente dotada; la futura es algo jamona, una mujer de edad ya regular. Si tú me autorizas para que pida su mano, la pediré.

MEGADORO.—Y tú me autorizas para que te dirija una pregunta?

EUNOMIA.—Pregunta lo que quieras.

MEGADORO.—Cuando un hombre de edad algo avanzada se enlaza con una mujer de edad tambien madura, si ésta se llega por casualidad á quedar en cinta, podrá dudarse que el nombre del niño está ya indicado? Deberá llamarse *Póstumo*.
(2) Vamos! quiero ahorrarte, hermana mia, ese trabajo, esas inquietudes. Gracias á los dioses y á nuestros antepasados,

(1) En el texto: *Lapides loqueris*.... has arrojado piedras por esa boca, esto es, dices cosas duras de aceptar.

(2) Llamábase asi no al niño que nacia despues de la muerte del padre; sino al que nacia *el último*. (*Postumus* adj. formado del adv. *post*, en el sentido de *últimus*) Megadoro significa la imposibilidad de conseguir la numerosa prole, que la hermana desea; casándose con una mujer de edad avanzada.

soy suficientemente rico: no me seduce ni el esplendor ni los honores, ni la rica dote, ni el gran tren, ni el poderio, ni los carruages de marfil, ni los mantos de púrpura, ni ninguna de esa suntuosidades que convierten á los maridos en esclavos.

EUNOMIA.—Con qué mujer pretendes unirme entonces?

MEGADORO.—Voy á decírtelo. Conoces al pobre viejo Euclion, nuestro vecino?

EUNOMIA.—Le conozco. Un hombre que no parece malo, á fé mia.

MEGADORO.—Pues bien, con la hija de Euclion deseo casarme.

No pronuncies una palabra, hermana; se lo que vas á decirme: que es pobre. Pues esa jóven pobre es la que me place.

EUNOMIA.—Pues que los dioses vengan en tu ayuda!

MEGADORO.—Así lo espero, hermana mia.

EUNOMIA.—Me quieres decir algo mas?

MEGADORO.—Que lo pases bien.

EUNOMIA.—Y tú tambien, hermano mio. (*Vase.*)

MEGADORO.—Voy á ver si encuentro á Euclion en su casa. Pero hele aqui. De dónde podrá venir ahora?

ESCENA 2.

EUCLION, MEGADORO.

EUCLION.—(*Sin ver á Megadoro.*) Me daba el corazon que mi salida de casa iba á ser infructuosa; por esto me ausenté de tan mala gana. No se ha presentado ninguno de mis compañeros de curia, ni el jefe de ella que debia hacernos la tal distribucion de dinero. Ahora me vuelvo á toda prisa á mi casa: porque, aunque mi cuerpo se halla aqui, mi alma la tengo allí. (*Señalando su casa.*)

MEGADORO.—Te deseo salud y dicha, amigo Euclion.

EUCLION.—Que los dioses te protejan, Megadoro.

MEGADORO.—Qué tal?... Cómo vá esa salud, amigo mio?

EUCLION.—(*Aparte.*) Cuando un rico saluda afectuosamente á un pobre es con algun motivo... Este sabe ya sin duda que yo tengo dinero, y por eso me saluda tan cariñosamente.

MEGADORO.—Conque, qué dices?... lo pasas bien?

EUCLION.—Por Pólux, no muy bien por lo que hace á los cuartos.

MEGADORO.—No obstante, si gozas de tranquilidad de alma, tienes cuanto se necesita para pasarlo bien.

EUCLION.—(*Aparte.*) Por vida de Hércules! la vieja le ha dado ya algun indicio acerca de mi tesoro: esto es claro como la luz del dia: maldita vieja! ya le cortaré yo la lengua y le arrancaré los ojos.

MEGADORO.—Pero, qué estás ahí hablando á solas?

EUCLION.—Me lamento de mi pobreza, amigo mio. Tengo una hija ya moza, pero que no tiene dote; y por lo tanto no es fácil colocarla bien; y por otro lado tampoco he de entregarla al primero que se presente...

MEGADORO.—Cállate Euclion; ten buen ánimo. *Ya se la dotará:* yo te ayudaré. Habla, di lo que necesitas, mándame cuanto quieras.

EUCLION.—(*Aparte.*) Cuando éste ofrece es que quiere algo en este mismo instante: es decir, que le veo con la boca abierta para devorar mi tesoro. Lleva la piedra en una mano, y me enseña el pan con la otra. No me fio del rico que se muestra tan zalamero con un pobre: algun perjuicio va á imponerme cuando tan benignamente me larga la mano. Ah! Conozco bien á estos pólipos: cuando llegan á agarrar no sueltan la presa.

MEGADORO.—Sírrete prestarme atencion un ligero momento, amigo Euclion. Tengo que hablarte unas palabras sobre un asunto de interes comun para ambos.

EUCLION.—(*Aparte.*) Ay! desgraciado de mí!!... Me han robado mi tesoro, y ahora querrá éste de seguro, entrar conmigo en arreglos. Corro, pues, á revisar mi casa. (*Márchase apresuradamente.*)

MEGADORO.—Pero adónde vas tan de prisa?

EUCLION.—Vuelvo, vuelvo á seguida. Tengo una cosa que ver ahí dentro. (*Entrase en su casa.*)

MEGADORO.—(*Solo.*) Creo, á fé mia, que tan luego como le hable de su hija para que me la dé en matrimonio, se va á creer que me burlo de él; y en verdad que entre toda la pobreza (1) no se encuentra un hombre mas mezquino que éste.

(1) *Ex ordine pauperum:* el texto dice *ex paupertate* por analogia con la expresion *ex nobilitate*.

EUCLION.—(*Aparte, saliendo de la casa.*) Gracias á los dioses todo se ha salvado... todo, si no se ha perdido algo. (1) Buen susto he llevado antes de entrar; iba mas muerto que vivo. (*Alto.*) Héme ya aqui de vuelta, Megadoro, y dispuesto á escucharte.

MEGADORO.—Gracias Euclion. Te ruego, pues, que des inmediata contestacion á lo que voy á preguntarte.

EUCLION.—Con tal que no me preguntes cosa á la que no me sea dado responder.

MEGADORO.—Dime: qué concepto tienes de la *gente* de que yo desciendo?

EUCLION.—Bueno.

MEGADORO.—Y de mi probidad?

EUCLION.—Bueno.

MEGADORO.—Y de mis acciones?

EUCLION.—Ni bueno ni malo.

MEGADORO.—Sabes tú mi edad?

EUCLION.—Se que eres tan rico en años como en dinero.

MEGADORO.—Pues yo por mi parte, te he considerado siempre y te considero en la actualidad como un hombre de bien.

EUCLION.—(*Aparte.*) Nada! que ha oido mi dinero. (*Alto.*) Y qué me quieres ahora?

MEGADORO.—Puesto que tú sabes quien y cómo yo soy, y yo tambien quien tú eres, te pido para mí, en calidad de esposa, á tu hija: cosa que creo puede redundar en bien tuyo y mio, y en el de la muchacha. Dame, pues, tu palabra.

(Continuará.)

(1) No he tenido tiempo de contar el dinero, sino de ver la marmita; por lo que dice: *todo está bien... sino falta algo.*

EN LA PLAYA DEL MAR.

AL DISTINGUIDO TENIENTE CORONEL MEXICANO

RAMON MIRAVETE

EN TESTIMONIO DE INVARIABLE AFECTO.

¡Junto á la negra tempestad del alma
qué son las tempestades de ese mar!

Aurelio L. Gallardo.

¡Silencio y soledad!.. ¡No hay un testigo
de mi acerbo sufrir!.. ¡Proscrito voy!
¡Oh, ven á consolarme, cielo amigo,
que el bardo ausente de la patria soy!

En el misterio de la noche bella
que convida en su sombra á meditar
vengo á decirte adios, pálida estrella,
ahora que duerme sosegado el mar.

En su inmenso cristal, límpido y terso
miro á tu luz dormir la creacion:
un templo es de tristeza el universo
y el silencio del mundo una oracion.

El ala de la brisa pasajera
del cielo corta el estrellado tul,
y las ondas que bañan la ribera
conchas arrojan de su seno azul.

De vez en cuando la marina foca
presagia con su aullar la tempestad:
abre el abismo su tremenda boca
y en su seno se ve la eternidad.

No corta el horizonte ni una vela
ni un faro en la extension se ve lucir:
es la noche callada que revela
el misterio sin luz del porvenir.

Ni un ave, ni una sombra, ni un celaje
colores dan al mágico pincel,
ni mente en su espejismo el oleaje
de la vida el fantástico bajel.

Del piélago profundo en las arenas
se agita el mar con lenta convulsion:
le pesan de su sueño las cadenas;
le falta el arrullar del aquilon.

Tendido y solitario, en lo infinito,
es del mundo la losa sepulcral:
su destino de muerte lleva escrito
en la frente el gigante universal.

Poco á poco las olas se levantan
y rasgan de las sombras el capuz...
¡Las sirenas del mar, por qué no cantan
de la borrasca á la siniestra luz!

A sus grutas de conchas y corales
huyen, tal vez, transidas de pavor,
mientras que yo entre rocas y arenales
vago con mis recuerdos de dolor.

La costa se estremece, el viento brama;
el abismo retumba por do quier,
y con penachos de verdosa llama
los peñascos del mar se ven arder.

Desde el turbado fondo las corrientes
se levantan luchando con fragor,
como crinadas y ásperas serpientes
que enjendra, en las tinieblas, el pavor.

El cielo se oscurece y quedo á solas
viendo las trombas en el ponto hervir,
y levantarse cordilleras de olas
del huracan al bárbaro rugir.

Zumba el áustro, y en ráfagas violentas
entre las nubes y el abismo va...
¡Debajo de esa losa de tormentas
cuántas tumbas, oh Dios, cuántas habrá!

Hiende el rayo la atmósfera sombría
y en piélago, sin fin, se va á perder...
Envuelto estoy del orbe en la agonía
y voy con cuanto existe á perecer.

¡Mas nada importa! Cumpliré mi suerte
en medio del naufragio universal:
aquí tranquilo me hallará la muerte...
¡Hoy ó mañana para mí es igual!

Luchad, luchad furiosos elementos
que hermoso el mundo me parece así:
tinieblas y relámpagos violentos,
siempre al proscrito encontrareis aquí.

Cuando inflame en la rápida centella
sus alas, tempestuoso, el aquilon
rompe las nubes, tú, cándida estrella
y escucha, allá en los cielos, mi oración.

Mas... todo torna á recobrar la calma;
torna la blanda brisa á suspirar...
*¡Junto á la negra tempestad del alma
qué son las tempestades de ese mar!*

JUAN B. HÍJAR Y HARO.

UN POETA. (1)

(ELEGÍAS DE D. VENTURA RUIZ AGUILERA.)

I.

Con el mas sagrado respeto llegamos á este libro, tesoro de exquisita ternura, manantial de dulcísima poesia, historia del dolor mas terrible, poema del mas profundo sentimiento. Porque si las obras maestras que concibe la fantasia de los grandes ingenios y vierte luego en armoniosas formas, selladas de una inspiracion verdadera y ardiente, son merecedoras de la mas legítima admiracion, y han de recibirse por la crítica con la justa desconfianza de quien teme no acertar á definir sus perfecciones; si los principios mas racionales y libres en que se apoya hoy la ciencia del arte llevan á considerar antes las bellezas que los defectos, y á colocar sobre el exámen de las minuciosidades de la letra, á todos accesible, el mas difícil del sentido general del espíritu, esa desconfianza, esa admiracion se aumentan y adquieren un carácter mas elevado, cuando la

(1) Segun ofrecimos en el número anterior, reproducimos este trabajo, tomándolo del libro «Estudios de Literatura y Arte» de nuestro estimado amigo y colaborador D. Francisco Giner, publicado en Madrid en 1876, por el editor D. Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72: precio de la obra, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias.—En uno de los próximos números insertaremos otro artículo sobre el «Libro de las Sátiras» que es el último que va publicado de las obras completas del Sr. Ruiz Aguilera; y para satisfaccion de los muchos apasionados del ilustre poeta, que esperan impacientes sus nuevos libros, consignamos con gusto que, segun nuestras noticias, los dos primeros volúmenes de poesías que seguirán á los tres publicados, se titularán respectivamente: «Los Abandonados» y «Magna Mater»; imprimiéndose despues las obras en prosa. Tambien nos consta que de algunos de los «Proverbios ejemplares», de los «Proverbios Cómicos» y de los «Cuentos del día» se publicará pronto en Lóndres una version inglesa, honor muy justamente dispensado á las inspiradas obras de nuestro querido amigo. (N. de la R.)

obra que se juzga reúne á todos aquellos títulos el de haber nacido al calor de un gran infortunio, arraigando en el noble corazon de que no ha podido desprenderse para ser trasplantada al arenal del mundo, sin arrancar un pedazo de él y desgarrar sus mas delicadas fibras. Entonces, el que por su dicha siente todo el poder de esa religion del dolor, que á tantos lleva al cielo, se reconoce embargado de un temor natural, y, como quien duda tocar á una mariposa por miedo de deshacer sus alas, piensa si ha de atreverse á profanar el santuario donde oculta el alma sus mas hondas penas.

Por fortuna, el libro del Sr. Ruiz Aguilera no es un eslabon perdido en la cadena de nuestra historia literaria, un lamento y nada mas, de un espíritu conmovido rudamente; si en el sentido individual tiene esa significacion, en las relaciones mas amplias, así de la poesia como de la moral, alcanza un valor que no es posible desconocer, ofreciéndose, ya como fruto de una inspiracion profunda frente á los vanidosos engendros de extraviadas imaginaciones, ya como una magnífica expansion de sentimientos purísimos y elevados.

Bienvenido sea, pues, ese libro que conmueve y entusiasma: bienvenido sea, como un relámpago intensísimo, en medio de este camino de la vida, que locamente hacemos hasta hoy de noche y á la ventura; desgraciado quien al recorrer sus páginas no sienta con el poeta hervir las frias cenizas del corazon, al abrasador contacto de una de esas lágrimas del alma que no se atreven á asomarse á los ojos por no mancharse: ese no será capaz de nada bueno, de nada noble, de nada grande; no será nunca amado, si nunca es aborrecido, y, extranjero en su patria, con la misma indeferencia con que él ve pasar ante sí la humanidad doliente, ella lo verá pasar mañana, borrando mas rápidamente su huella que borra el mar la blanca estela del navio que lo oprime.

Porque es el dolor el primero y mas alto don del cielo: él levanta al hombre sobre el mundo, depura su vida, fortifica su alma, ennoblece su pensamiento, da valor á sus alegrías: él, todo imperfeccion, como la lucha, engrandece y perfecciona; él, todo desarmonía, como el mal, armoniza y ordena; él, todo sombras, como la noche, alumbra con una iluminación interior la esencia de nuestro sér, y santificado por Dios mismo,

liga al género humano con el vínculo de la limitacion y de la muerte.

De ahí esa nobilísima altivez que se imprime en las almas bien templadas, cuando se han purificado en el crisol de la amargura; de ahí que dé el hombre por lo general mas importancia al dolor, maestro de la humanidad, que al placer; que le agite mas profundamente, que obtenga mas vivas sus simpatías; de ahí, en fin, que una historia de largos padecimientos venga á ser, con frecuencia, en su opinión, la medida de los nobles caracteres, y que al escucharla diga para sí mismo: «¡Yo tambien he sufrido!»

¡Dichosos los que lloran!...

Porque han amado.

Por esto, el libro del Sr. Ruiz Aguilera no puede menos de impresionar eficazmente el ánimo que no esterilice un helado escepticismo; cantos llenos de una tierna resignacion, ecos sublimes de una inspiracion grandiosa, fruto inestimable de un profundo sentimiento, si se muestran dignos hermanos, en cuanto al valor literario, de los *Ecos Nacionales* y las *Veladas poéticas*, superando á tantas otras composiciones que con el mismo título y fama convencional nos hacen aprender de memoria y nos pregonan por costumbre, ofrece, en nuestro concepto, á nuestra consideracion, el ejemplar admirable del espíritu generoso, que en vano la adversidad trabaja y pugnan por envenenar dolorosas conmociones. Leccion elocuentísima, modelo sorprendente que, uniendo íntimamente al poeta con el hombre, revela la verdad de la inspiracion en aquel y la magnanimidad del carácter en éste: ocasion, al par, de severas enseñanzas para los que traficando, necia ó malignamente, con la poesia, hacen de ella un instrumento para cantar sentimientos fingidos ó adular y servir bastardas ambiciones.

Bien es verdad que el mismo autor de las *Elegías* proclamaba esta armonía de las obras del hombre como poeta, con sus acciones como individuo, predicando en sencillas frases (1) la conveniencia de que el poeta, «si ha de tener autoridad su bello sacerdocio, sea modelo de buen ejemplo, asi en su conducta privada como en su conducta pública»; añadiendo que «el pueblo

(1) «Ecos Nacionales», prólogo de la tercera edicion.

no puede amar al logrero que le habla de caridad», ni «al que hace alarde de virtud, viviendo encenagado en el desorden.» Palabras de profundo sentido y gratas de escuchar en una época donde la depravacion natural de siempre se halla favorecida por cierta hipocresía de moda y por el indulgente sensualismo de los adoradores de la forma, que en todo buscan exclusivamente las apariencias.

Y no es sólo en estas líneas donde el discreto vate une á la eficacia de sus ejemplos la exposicion de máximas acertadas, estableciendo sobre firmísimas bases la naturaleza de la poesia. «La poesia, en su esencia, dice elocuentemente (1), no es una vana forma, una combinacion ingeniosa de palabras, hecha con arreglo á los preceptos escritos ó segun el capricho del artista; sino la expresion mas alta, el lenguaje mas sublime del alma, la revelacion sencilla ó simbólica de la verdad, por medio de la voz armoniosa del génio.» Y en otro lugar afirma que la poesia «no es hoy un anacronismo», porque el sentimiento de lo bello tiene condiciones de perpetuidad», verdad insigne que expresa tambien admirablemente en estos versos:

¡Cárlos! Habrá Pasion, jamas Calvario
Para la dulce y santa poesia;
Siempre el hombre será su tributario.
Cisne de amor, el cielo nos la envia;
Cuando ni un corazon lata en el suelo,
Al pátrio nido remontando el vuelo
Gemirá su postrera melodía. (2)

«Desgraciada la nacion, dice (3), que, á ser posible, existiese careciendo completamente de sentimiento poético: ella si que sería un monstruoso anacronismo sin ejemplo. Ni aun en los últimos períodos de las civilizaciones antiguas mas florecientes, cuando ya la anarquía y la gangrena destrozaban el cuerpo social, faltaron hombres de corazon y de fé que con su voz, eco de la de gran parte de sus conciudadanos, dulcificasen los dolores de la pátria moribunda.» Siempre elevado, asienta su doctrina con razonamientos de incuestionable superioridad respecto del mayor número de nuestros críticos, que, con deplorable escasez de antecedentes literarios, y pudiendo raras ve-

(1) Lugar citado.

(2) «Veladas poéticas». Sátira en vindicacion de la poesia.

(3) «Ecos nacionales», prólogo de la tercera edicion.

ces confirmar sus teorías con la autoridad del propio ejemplo, se aventura en alas del *sentido comun*, cuando no de la pasión ó la parcialidad, á establecer principios imaginarios, que el viento se lleva, sobre cuestiones de mero pormenor, ó desorientan y extravían la opinion en fuerza de locas alabanzas y rencorosas emulaciones. Tan acertado se muestra al decir que «el poeta debe ser siempre contemporáneo, esto es, cantar la época en que vive, como cantaron la suya los líricos, épicos y dramáticos que constituyen la dinastía inmortal de los grandes genios», como cuando enérgicamente exclama (1): «Los versos pastorales, el idilio, la égloga, son cantos que van á perderse entre el rumor del movimiento actual»; y cuando añade que no pueden satisfacerse todas las necesidades de la presente época «con romances á las flores y con madrigales á unos ojos.»

Semejantes consideraciones, enteramente admisibles en sanos principios de filosofía de lo bello, muestran una concepción profunda de la dignidad de la poesía que penetra todas las obras del cantor de *La Pdtria*, una genial intuición de los altos destinos del arte, testimonio veraz del recto sentido y clarísima inteligencia de un pensador reflexivo que no enerva el yugo de desautorizadas teorías literarias. ¿Qué significan, por otra parte, la oportunidad y evidencia de esas observaciones? Error frecuente es el de suponer que pueda la viveza de la fantasía, el vigor de la imaginación, dañar en el artista á la exactitud del pensamiento y aun destruir en su espíritu todo principio de rigurosas convicciones científicas; mas si el estudio de la natural armonía y correspondencia entre las facultades humanas (principalmente relacionadas en los grandes ingenios, que de otra suerte vendrían á ser monstruosas deformidades, cuyos miembros orgánicos no se desarrollarían sino á expensas unos de otros), no nos persuadiera de lo contrario, la historia viene á desmentir con la experiencia lo mismo que niega el raciocinio, combatiendo tan vano aserto, hijo de ciegas y funestas preocupaciones. El Mahabarata y la Iliada, Dante y Shakspeare, Calderon y Cervántes, Quevedo y Gothe nos enseñan que, si en el hombre frívolo menos propenso á la meditación y á la ciencia vive siempre el gérmen de la indagación

(1) «Ecos Nacionales», prólogo de la primera y de la segunda edición.

racional, esencialmente propio de su ser, con mayor fundamento ha de existir en el poeta, cuya interioridad se desenvuelve con un valor superior á la del vulgo; y cuya personalidad, característicamente determinada, abraza en una forma real el orden sensible y el de lo absoluto, Dios y la naturaleza, el tiempo y la eternidad, categoría de inabarcable comprension con que mide todo lo grande que se ha efectuado en el mundo, y todo lo grande que él es capaz de efectuar en el arte: interpretacion sublime de la realidad, que responde á la concepcion íntima, alimentada por la fantasía, de un mundo ideal, coloso tallado por el espíritu en la dura roca de la materia.

II.

Solo á las gentes que en aras de agenos errores sacrifican su libertad de opinion, renunciando voluntariamente á la posesion de la verdad, podrán ocurrir dudas sobre cuanto afirmamos. Ni dará mayores pruebas de discrecion quien caprichosamente confunda al verdadero poeta, que se eleva intuitivamente á las verdades fundamentales, descubiertas de otra manera por la especulacion reflexiva, y, desentrañando la esencia de las cosas, la revela en su plenitud, mediante aquella contemplacion que representaba á Gothe la humilde tienda de Dresde como un cuadro de Van Ostade, con el versificador de composiciones indigestas, concebidas bajo la mira exclusiva de un fin didáctico, que se traduce en el proceso de la obra por sentencias inoportunas, áridas moralejas, ridículos análisis psicológicos, y sobre todo, por una insuficiencia absoluta para satisfacer al sentimiento, con lo bello puro de mezclas extrañas, ni á la inteligencia, que echa de menos la forma sistemática y doctrinal que la exposicion científica requiere. Defecto de ciertos poemas, servilmente subyugados al oficio de decir en verso lo que el autor no ha podido menos de pensar en prosa. Procedimiento frio y anti-estético, que modela todas la formas de poesia sobre manifestaciones secundarias y desconoce que, siendo el fin del arte la idealizacion de lo real por la representacion de su esencia, purificada de los elementos accidentales que la desordenan, toda vez que el mal como el error no son sino accidentes perturbadores, agenos á la sus-

tancia y virtualidad de los séres, cuando ésta se produce en su mayor elevacion, el error y el mal habrán desaparecido necesariamente, sin que el artista haya tenido que ocuparse de ellos en tal concepto.

Gloria es del Sr. Aguilera haber salvado semejante escollo, consagrando su elevada inspiracion á asuntos que tanto se prestan á esos extravios. Ni en los varoniles acentos que arranca á su lira un enérgico patriotismo, en los magníficos cantos de *El Dos de Mayo* y *Roncesvalles*, *El veterano*, *El tributo de sangre* y *La vuelta del voluntario*, ni en las divinas armonías, que nos conmueven hondamente, de *La limosna* y *El abuelo*, *El hogar paterno* y *La prostitucion*, se ve otra cosa que al gran poeta, ageno de ampulosas declamaciones y prosaicas moralejas, á la brillante fantasía que alientan

Dios, libertad, amor y pátria santos (1)

y que funde en la belleza mas límpida la verdad y el bien, como se funden, en su mas alta y perfecta realidad, en Dios, inimitable modelo por cuya semejanza se determina la limitada grandeza de todos los demas séres.

Nuevos laureles añaden las *Elegías* á la corona del modesto vate: laureles tejidos con espinas y entrelazados de ciprés. Diálogo sombrío con la muerte se llama á este libro en el prólogo que lo antecede, cuyas voces «son extrañas, como que se dirigen á otro mundo, y las responden bocas que no tienen lengua, y que él (el poeta) dice en su poesia misteriosa ser las voces de los niños que llaman desde los abismos del cielo á su nueva compañera. Son sus versos como esos sonidos que se perciben en las soledades y que no se sabe de donde vienen, si de la garganta de un pájaro, ó de la corriente de un manantial, ó del movimiento de los árboles al volar un vientecillo. Lo que hay en ellos que hace estremecer, no son sus ecos agudos, sino sus rumores vagos. Cuando un poeta de alma enérgica como éste exhala su dolor en altos gritos, no nos maravilla, porque conociendo el temple de su musa, aguardábamos la explosion de sus ardientes quejas. Pero su débil gemido, sabiendo ya la extencion de su padecer, os aseguro que me espanta, porque recuerdo que asi se duele el moribundo cuando no tiene ya fuerzas para sufrir mas.»

(1) «Ecos nacionales». Culto del alma.

Así caracteriza la distinguida autora del prólogo (1) la última obra del Sr. Aguilera, y á la verdad que tiene razon en sus palabras. Hay en las *Elegías*, sin embargo, un sentimiento de profunda resignacion cristiana que templá la amargura del acerbo dolor que respiran; una exquisita delicadeza, que les presta cierta grandeza melancólica y halla en nosotros una respetuosa simpatía, bien diferente, á la verdad, de la piedad desdeñosa que nos produce la desesperacion sentimental y soberbia de tantos artificiales imitadores de colosales aberraciones, hijas de un sentido moral y estéticamente depravado. Lo que distingue al señor Aguilera como hombre, es lo mismo que constituye su gloria como poeta; la verdad, la naturalidad del sentimiento, lo elocuente de la fantasía, lo sano del corazon. Apasionado de todo lo grande; severo, aunque noble censor de todo lo mezquino; idólatra entusiasta del bien, así nos infunde su fervorosa piedad, como nos comunica su vehemente amor por la libertad y la dignidad humana: lo mismo nos conmueve, evocando las sagradas tradiciones nacionales, que nos encanta con las benditas emociones de la familia, y todo lo expresa con igual calor, porque todo lo cree y todo lo siente.

El poeta acaba de perder su única hija, y ha querido perpetuar su memoria en estos tiernísimos cantos. Contemplando su dolor con esa libre serenidad propia de las almas superiores, hace revivir en su fantasía el poema de la pura existencia, que apenas ha podido estrechar entre sus brazos, evoca uno por uno todos sus instantes, y se los representa al traves de su melancólica tristeza. Son, pues, las *Elegías* la verdadera historia de un paréntesis de ventura en una larga série de infortunios. Sólo esta vez amenazó romper sus tinieblas un rayo de sol: sólo esta vez pudo aquel noble espíritu saludar ante un mundo de infinitos consuelos el momento mas bello y animador de su vida... pero ¡ay! también el mas breve. Y ahora, apagado el fugitivo relámpago que dará desde hoy nuevo y mas alto sentido al hombre y al poeta, complácese éste en recorrer, en la crudeza del invierno y á la moribunda claridad de la luna, aquellos sitios, otro tiempo frondosos con el esplendor de la primavera y encendidos por la luz del mediodia. El nacimiento de Elisa, su risueña y bendecida infancia, su hermosura llena de

(1) La señora doña Carolina Coronado.

gracia y de candor, su vida íntima, poblada de inolvidables pormenores y de inefables encantos; despues los crueles sentimientos del padre, rechazados primero con terror, realizados al fin con la muerte de su única esperanza, su espanto increíble, su amarga pena, su soledad y sus recuerdos... todo se va desplegando ante nuestros ojos y nos sumerge en indefinibles emociones: porque en aquel dolor, tan terrible á la vez y tan sereno, nos sentimos á nosotros mismos, y nos identificamos con el hombre que, engrandeciéndonos con su propia grandeza, nos levanta por su inspiracion y su carácter á una contemplacion universal, sobre todo límite de lugar y de tiempo.

No faltan precedentes á las *Elegías* en la literatura castellana. La naturalidad y sencillez en la expresion y la melancolía característica de este género (y que, digan lo que quieran ciertos críticos, es una de las cualidades que mas resaltan en nuestra literatura), se encuentran en infinitas poesias de nuestros mas justamente célebres escritores, aunque, por lo general, no llevan este título, prodigado en cambio á composiciones de muy distinta significacion é inferior calidad. Bajo este sentido pueden considerarse como verdaderos poetas elegiacos Jorge Manrique y Rioja, el maestro León y Lope de Vega, Calderon, Alarcon y tantos otros. Elegiacas son las *Querellas* del Rey Sabio, buena parte de las obras del Marqués de Santillana y Juan de Mena, en quienes tanto influyó la melacólica literatura italiana; y desde aquellos remotos tiempos hasta época mas reciente asi en los mas ilustres vates como en tantos preciosos cantares de la musa anónima del pueblo, la literatura que engendró al elegiaco autor del *Quijote* no ha cesado de registrar en sus anales verdaderas elegías, llenas de inspiracion y sentimiento. Pero si la última creacion del Sr. Ruiz Aguilera aparece como un producto eminentemente nacional é histórico del espíritu español, la originalidad y frescura que respira bastan á imprimirle un sello de novedad que no permite confundirla con otras concepciones anteriores de índole semejante.

Ridiculizadas y prostituidas por la crítica de mala ley las palabras, en otro tiempo consagradas al elogio de las grandes obras, arrojadas hoy como una lluvia teatral de flores y oropel sobre tantas nulidades pomposas como encubran la venal adu-

lacion y la servil amistad, y sofoca el incienso de sus propias lisonjas, poco pueden satisfacer á la generalidad del público las merecidas alabanzas que obtienen libros como el que nos ocupa, rara excepcion en el diluvio de libros que incesantemente vomitan las prensas y fatigan la atencion con presuntuoso clamoreo.

Basta, no obstante, leer éste, para comprender su importancia y apreciar su significacion: nadie que fije un solo instante en él su pensamiento, dejará de juzgarlo como obra de un verdadero poeta. Uno mas, dirán muchas gentes; uno casi solo, decimos nosotros.

Porque no es el Sr. Ruiz Aguilera un audaz coplero de los que, hacinando frívolos versos por oficio y al acaso, concluyen por obtener del público que les conceda cierta fama, en fuerza de estar oyendo sus nombres todos los dias, y suelen terminar su vida en el codiciado sillón de alguna Academia: glorias descoloridas, que nadie sabe cómo se han formado; rosas de un dia, sin frescura y sin aromas; sino una de esas individualidades, nunca de sobra y hoy tan escasas que, conservando puras sus almas de móviles indignos y libres de opresoras travas, dejan volar su fantasía por elevados espacios inconmensurables, donde no llega el eco de miserables pasiones.

Triste es, sin embargo, confesar que, segun frecuentemente acontece, apenas ha encontrado el noble vate, en el modesto nombre de que goza, una débil compensacion de sus merecimientos: sus libros, jamas precedidos de ruidoso estrépito, se acogen por muchos con la natural indiferencia con que generalmente recibe el público lo que se somete á su consideracion sin haberle ponderado de antemano sus excelencias; pero una vez abiertos, son leídos con afán por todos, y la primera voz que se deja oír en su abono, levanta un clamor universal de aprobacion. No, no será perdido el trabajo de unos pocos campeones de la verdadera poesia en el desquiciamiento general de la literatura, ni deja de tener valor la satisfaccion de un corazón recto, jamas envilecido ante falsos altares.

Amarga la injusticia á todas las almas bien nacidas; solo á las débiles y mezquinas envenena. Mientras ignorantes jueces, soberbios dispensadores de fama y nombradía, cuya memoria durará tanto como sus sentencias, profanan las letras y

las separan de los pueblos, manteniéndolas artificiosamente en una atmósfera ficticia, la inexorable conciencia, anticipándose al juicio imparcial de la historia, se encarga del premio y del castigo, sin que puedan evitar su severidad torpes ardidés.

*Prima est hæc ultio, quod se
indice nemo nocens absolvitur.*

El fallo de los contemporáneos suele ser apasionado; el de los Mecenas y corporaciones que protengen fastuosamente las letras rara vez deja de serlo; y si la posteridad ha hundido en el polvo tantos ídolos que la opinion, obcecada por sentimientos de actualidad, levantó un día, mayor escándalo ocasiona esta obcecacion en aquellas personas ilustres, en aquellos cuerpos que, por razon de su significacion especial, debieran reprimir, no alimentar, los comunes extravios; pero el laurel que se niega á Dante se concede á Baraballo, prostituyendo vergonzosamente su representacion y su importancia.

El Sr. Aguilera no es un poeta laureado por la Academia; ¿qué le importa, si ha de ser un poeta coronado por el mundo?

FRANCISCO GINER.

A MARTINEZ MONROY.

I.

Cantó la libertad, cantó la gloria,
cantó las dichas del amor profundo,
y fue su breve paso por el mundo
huella imborrable de la humana historia.

Rayo de inspiracion y de elocuencia,
los sublimes acordes de tu lira,
son la sagrada voz de la conciencia
ó el dolor misterioso que suspira.

Ardiendo en el amor de los amores,
comprende la mision de su destino
y rompe cual furioso torbellino
el oscuro cendal de los errores.

II.

El águila caudal tendió su vuelo
por las inmensidades del espacio,
hasta escalar del escondido cielo
el brillante y esplendido palacio.

Allí el fuego sagrado de su mente
quemó sus alas y labró su nido,
resonando con eco dolorido
por la tierra su canto prepotente.

III.

Poeta: si hasta la cumbre
en donde el *Genio* se asienta
llega la humana tormenta
en ondas de viva lumbre;
si en la dura pesadumbre
que abisma nuestra memoria
(breve página ilusoria
de nuestro triste destino)
ves algun rayo divino,
es reflejo de tu gloria.

SOFIA TARTILÁN.

INTRODUCCION

A UN LIBRO SOBRE EL PROGRESO.

Vivir es luchar, y luchar es progresar; y progresar, es alcanzar cada vez mas altos grados de libertad y realizar cada vez mejor el derecho y el deber, sin los cuales, ni cumple la humanidad su destino, ni alcanza como resultado de éste la felicidad armónica con la naturaleza superior del hombre. Pudiera decirse que la vida se resume en el laborioso parto de la ley del progreso para dar á luz la libertad, el derecho, el cumplimiento del destino, y como resultado, la posible dicha de la humanidad en el planeta. Por eso y para eso la lucha universal que presenciamos.

Lucha arriba y lucha abajo; lucha en el altísimo dominio de la especulacion pura, y lucha en los dominios de la experiencia; lucha en la universidad, lucha en el ateneo, en el púlpito y en la prensa, y lucha en fin en todas partes; allí donde se ponen en presencia las electricidades de ideas distintas: tanto, que pudiera decirse que el espíritu humano es hoy una inmensa retorta intelectual donde arrojadas ideas materialistas y espiritualistas, deistas y ateas, racionalistas, dogmáticas, liberales y ultramontanas, positivistas, idealistas, panteistas, socialistas, individualistas y en fin, ideas de todas clases y colores, de todos los matices y tonos en lo religioso, lo moral, lo filosófico y lo jurídico, donde se verifica, decimos, una reaccion monstruosa de la cual ha de salir el producto que espera el Químico del Universo; de la cual ha de salir el *ideal de la humanidad* convertido en hecho; de la cual han de salir limpios de toda impureza la libertad y los derechos del hombre, que implican por sí solo el cumplimiento de sus deberes, y de la cual ha de

salir por último, la felicidad que le es permitido disfrutar en cuanto sea compatible con una naturaleza que abunda en gérmenes de infelicidad y de amargura.

Pero los efectos de la idea no se limitan á su principal teatro de accion. Como los efectos del estruendoso caer de la avalancha no espiran en el valle que la recibe, sino que maniéstanse en forma de sonido en los infinitos senos de la cordillera, las vibraciones del aire conmovido determinan acaso la precipitacion de otras y otras avalanchas; asi, la lucha de las ideas en la esfera de la especulacion, refléjase tambien en las esferas inferiores de los hechos que forman el dominio de la historia. Y de ahí tambien la lucha en el seno de la humana familia: la guerra en la conciencia individual entre la sollicitacion del deber y la sollicitacion de su infraccion; de ahí la guerra en la familia, en el municipio, en la provincia, en el estado; de ahí la guerra en los partidos políticos, en las comuniones religiosas, en las escuelas científicas; de ahí las revoluciones y sus grandes hechos mezclados muchas veces con sus grandes crímenes, y sus altísimos fines de justicia confundidos en tantas ocasiones con los bajos fines del egoismo y la ambicion: que la guerra arriba enjendra la guerra abajo; porque unidos en lazo estrechísimo la materia y el espíritu, la sociedad y el individuo, la lucha que en el espíritu enciendan las ideas ha de encenderse en toda el alma, ha de encenderse en las pasiones, ha de trascender á lo material, y ha de propagarse á todos los espacios imperados por aquel espíritu.

Pues esta lucha es la lucha por el cumplimiento del destino del hombre; esta lucha es la manifestacion de la potentísima vitalidad del progreso; esta lucha es la lucha por cumplir del plan universal concebido por Dios, la parte que á nosotros, mínima fraccion de la universal humanidad, nos ha tocado en suerte.

Y nos asusta esta lucha universal de nuestro mundo y nos preguntamos por nuestro destino; y al ver el mal y la guerra desconfiamos de aquel destino y desconfiamos de Dios! Y la angustia se apodera del alma é invádela la desesperacion; y caen desfallecidos unos y otros, blasfeman, y todo esto porque la posible dicha humana tiene un precio: el trabajo y la virtud, y porque hay desgracias inevitables, porque no hemos nacido

en el mejor de los mundos posibles, y en suma, porque el Creador dispone de sus criaturas como y cuando lo cree conveniente á sus fines siempre buenos y justos!

Rara es la justicia del hombre cuando niega á Dios fundado en el mal moral ó en el mal físico, y cuando de ellos deduce la negacion de un progreso y de un destino!

Deslízase la vida entre el gozar y el padecer; y para nosotros, no cabe duda *en que se goza en tanto que no se sufre*. El hábito del goce debilitará su sensacion: una salud completa es una felicidad, un goce que dura tanto como aquella; una conciencia limpia, un alma virtuosa, constituyen una dicha celestial; y sin embargo, el hábito de posesion de estas dos distintas felicidades, que duran gran parte de la vida en muchos, hace insensibles ó casi insensibles á ellas á sus dichosos poseedores. Pero en tanto que la salud no se altera ó la conciencia no se turba, se sientan ó no estos dos estados de salud, la vida se desliza en la felicidad mas pura que puede disfrutarse en la tierra. Y si asi no se comprende y los hombres impacientes, furiosos por alcanzar otras cosas á que se llama felicidad, se proclaman desgraciados, si lo son, culpa es de ellos; no de Dios que no la tiene si, despues de habernos señalado como destino y primera dicha y fuente de otras innumerables y secundarias el mantenimiento de una conciencia pura por medio de la práctica de la virtud y del total cultivo de las facultades del alma, despreciamos esa dicha para correr desaforados tras de fugaces mentiras, á que llamamos dicha.

Pues bien; lo repetimos: rara es la justicia de los hombres cuando niega á Dios y el progreso y el destino por algunos males que presencia y por quiméricos males tantas veces, y no proclama á Aquel y no cree en éstos en vista de los bienes reales de que goza ó puede gozar!

Si sumara todos los instantes de su existencia; si luego, separando los felices de los infortunados, practicase una sencilla operacion de resta, la suma de los primeros en la gran mayoría de los hombres seria mucho mayor que la de los segundos; y, sin embargo, niega á Dios ó duda de su existencia ó de su providencia y niega el progreso y el plan del universo en vista del mal tan negativo y tan limitado, y no los afirma en vista del bien tan positivo y tan dilatado.

Bajo el punto de vista físico, de cuántos dones goza! Sonríele el azul del cielo. De día, muéstrale el sol el precipicio que se abre á sus pies y muéstraselo de noche su inteligencia. Baña el astro rey con sus rayos de fuego la superficie del planeta, y su caricia amante hace brotar la espiga y el racimo y da vida y fuerza al carnero y al buey, al asno y al caballo que le ofrecen el tributo de sus fuerzas y servicios. El agua de los mares trasformada en nubes, vuela por las regiones de la atmósfera á las cimas de los montes; y convertida allí en depósito, llena de su rica sangre las arterias y venas del ser-planeta. La tierra toda es un vasto arsenal de recursos de todas clases puestos al alcance del hombre y en armonia con él. Es raro que en nuestros dias muera de hambre un hombre; porque la caridad privada, la caridad organizada y un derecho administrativo que no puede consentir hechos que deshonorarian un pueblo entero, velan por el desvalido y son el brazo de la Providencia, que lleva al hombre ó al nido humano la migaja y el vestido que no faltan al habitante de los aires ni á la sabandija del suelo.

Y en cuanto á los dones del alma, en cuanto á los medios de satisfacer las exigencias de su naturaleza elevada, la parte del universo que se ofrece á la vista y al exámen del hombre, le ofrece lo que necesita y le estimula á buscar lo que le falta.

Y en efecto. Si tiene un alma inteligente con la verdad por objeto, y la verdad constituye su centro de atraccion, el mundo se le ofrece al principio como una noche envuelta en manto de densísimas tinieblas que disipará el faro de su inteligencia; y cada dia descubriendo mayor número de verdades, cada verdad es nueva garantia de seguridad para el hombre que de todo temblando al principio, desde el reptil hasta el trueno, desde la fiera hasta el eclipse, concluye por no temblar de nada ó por temblar solo de lo que debe temblar. Y él que contempla al principio desde la elevada cumbre ó desde la orilla del océano la magestad y la belleza de la naturaleza, como contempla el niño un bello juguete cuyo mecanismo no penetra, arranca al fin el alma á su inconsciente y distraida contemplacion; y tranquilo el ánimo porque ni el mar se desborda, ni el sol se precipita sobre el planeta, ni son perpétuas las convulsiones de éste, ni toda la naturaleza es un verdugo que espera el momento

oportuno de arrancarle la vida, empieza su trabajo de egiptólogo ó de sinólogo, porque para él era hasta entonces puro geoglífico aquella naturaleza. Entonces, dado un primer paso fructuoso, lleno el espíritu del fuego santo del anhelo de saber, acaba por convertir el mundo en viva lengua que le refiere algo de la historia de los astros, de la historia del vegetal, de las historias del animal, del hombre, de su alma, de sus sociedades, y algo en fin, de la historia de todo lo que existe y de las leyes que gobiernan la materia y el espíritu.

Si su alma es sensible, esta cualidad del alma exige amor; y si amar es propender hácia lo bello, lo bueno y lo verdadero, todo el universo es objeto de su amor: que todo encierra belleza, verdad y bien, desde el bello sistema molecular que adivina la física en el simple pedrusco, hasta la esplendorosa estrella cuyos destellos llenan el alma de melancolía y de interrogación acerca de los misterios que encierra; y desde el insectillo que soporta mundos de luz sobre sus diminutas alas, hasta las maravillas del mecanismo humano ó las armonías de su alma, y hasta los abismos insondables de inteligencia, de poder y amor que nuestro espíritu presiente en Dios. Y como en compensación, si es manantial de un amor cuyas ondas bañan los objetos, los seres y el principio de todas las cosas, es á su vez un foco á donde convergen los rayos del amor de una madre, de una esposa, de una hija, de una hermana ó de un amigo, y hasta los débiles rayos del amor de la humanidad; y sobre todo y por cima de estas manifestaciones del amor humano, los de una Providencia que le regala espléndida los goces del cuerpo y los purísimos goces del alma.

Así, no es rara la justicia del hombre respecto á Dios y no son peregrinas sus negaciones del progreso y del destino? Todo proclama el bien como absoluto y todo presenta el mal como relativo, como una consecuencia de nuestro estado de criaturas; no de creadores, no de iguales á Dios. Y porque encuentra el mal, aunque en mínima proporción al todo del bien; porque existen reptiles venenosos y sañudas fieras; porque un terremoto arruina una ciudad; porque una inundación arrastra un pueblecillo; porque devora un incendio los tesoros del arte ó de la ciencia ó una epidemia asola una comarca ó la guerra devasta fértiles terrenos y empobrece ricos estados; ó

porque nos es ingrata la mujer que amamos ó en la oscuridad del antro se aguza el puñal que ha de consumir el crimen en el silencio de la noche, ó porque el soplo revolucionario arrastra en confusion lo bueno y lo malo ó desposee al indiferente y al amigo para enriquecer quizá al enemigo y al malvado, ó en fin, porque la muerte es el término de la vida del cuerpo y ella nos arrebatara el objeto adorado; pega una patada en el suelo, crispa los puños, clava la colérica mirada en un cielo que le responde con carcajadas de luz y de belleza, y pide cuenta á Dios de esos males y, muchas veces, niega á ese Dios solo en vista de ellos! Y nada impórtanle ni el eterno sonreír del cielo, ni la eterna serenidad de la naturaleza, ni el eterno prodigar de la Providencia, ni el producir eterno del planeta y del mundo de riquezas del alma y de riquezas del cuerpo con las cuales se satisfacen las necesidades y aun los caprichos de la vida de la materia y de la vida del espíritu; nada le importa eso! Existe el mal, y Dios debe dar cuenta al hombre de ese mal. El mal subleva al hombre contra Dios; mas el bien, que es aqui mismo en la tierra infinitamente superior al mal, no prosterna á ese hombre ante la suprema majestad de quien se lo dispensa, ni inunda su alma de sentimientos de gratitud ni sus mejillas de lágrimas de amor. Extraña inconsecuencia y extraña injusticia las del hombre!

Y es justo y sério el negar el plan, el Autor y las leyes eternas que los revelan, porque al querer descifrar los enigmas del universo ó los enigmas de Dios no los comprendamos todos ó no nos satisfaga lo que comprendemos? Si existe el mal y no sabemos por qué existe, ó si notamos imperfecciones, negaremos, tenemos por ello derecho á dudar de Dios ó á negar su existencia? Qué diríamos del soldado de un grande ejército que, no viendo á su general y teniendo que marchar á consecuencia de movimientos estratégicos por terrenos escabrosos, tropezando, cayendo y levantándose, y sin comprender del plan del general otra cosa que la marcha de frente, la conversion ó el movimiento de flanco de su compañía ó regimiento, y escapando á su inteligencia el fin de tanto complicado movimiento encontrados, en apariencia, á veces; que diríamos, repetimos, si en vista de eso, de las rozaduras de sus pies, de sus tropezones y caídas, dudara aquel soldado de la existencia del plan

y de la del general ó las negara? Y hasta cierto punto, se encuentra el hombre respecto á Dios en distinto caso de aquel en que se encontraría el soldado del ejemplo respecto á su general?

Nosotros somos soldados del vasto ejército que en el universo pelea por realizar un plan y un ideal divinos. Qué significa en ese universo nuestro planeta, nuestra humanidad, y qué significamos nosotros? Gracias á nuestra inteligencia observamos el fenómeno, descubrimos la ley, presenciamos la armonía y sospechamos ó alcanzamos algo del plan; mas ni todos los fenómenos ni todas las leyes nos son conocidos, ni del plan se nos alcanza mas que una pequeña parte. Y si no conocemos todo lo cognoscible del universo; si el universo es para nosotros un problema ó mejor una série infinita de problemas á partir de nosotros mismos, y si el plan y su Autor quedan en gran parte fuera del alcance de nuestro conocimiento; cómo sin datos suficientes y cuando nos encontramos en una relacion de inmensa subordinacion respecto á todo ó casi todo, y mas que nada respecto á Dios; cómo si nuestra finita inteligencia no abarca la inteligencia infinita, podremos pedir cuenta á Dios de los males del mundo y mucho menos negarle en vista de esos males? Y si confiamos en Dios y le afirmamos; cómo negaremos su destino para nosotros, su plan en el universo y su progreso para realizarlos?

Moderemos nuestro orgullo y moderemos nuestra impaciencia, que nada dice contra Dios el mal que contemplamos; y aguardemos á conocer sus planes y la historia perfecta de la materia y del espíritu, y de todo cuanto existe en fin. Y entonces que tendremos los datos necesarios para formar un juicio exacto sobre el merecimiento de nuestros males y sobre la justicia divina, podremos quizá con mas verdad ó con mas razon dudar de Dios ó negarlo: mas no lo neguemos ahora, por la sola razon de que las sonrisas de nuestro dicha se engarzan á veces en las últimas lágrimas de nuestros dolores.

FRANCISCO UTRILLA.

(Concluirá.)

DE LA POESIA RELIGIOSA. (1)

Señores:

Al resumir por última vez las discusiones de esta ilustre corporación, porque este sitio, si es un honor, debe concederse á otros mas dignos, y si es una carga, justo es que la levantemos entre todos, solicito de antemano indulgencia por si no consigo en esta, como en otras ocasiones, mantenerme en la severa y serena exposicion de las doctrinas emitidas, que es lo que cuadra á la naturaleza de estos discursos. La condicion y carácter de la tésis últimamente examinadas; su importancia, el inusitado interés con que se dilucidan, y por último, su extremada hermosura, que á todos nos enamora y enciende, motivará quizá, que sin quererlo, revista mi palabra tonos polémicos, y se convierta el resumen en un trabajo mas en pro de alguna de las doctrinas brillantemente sostenidas por los oradores que han ilustrado las controversias.

Se trataba de la poesia religiosa y de la poesia religiosa en España, y dicho se está que si lo de poesia, traia como por la mano las mas abstrusas cuestiones sobre la belleza y sus géneros y sobre el concepto y significacion del arte, incitaba el adjetivo religioso á escrutar y conocer las relaciones entre el arte y la religion, y la dependencia, libertad ó confraternidad de ambas esferas, asi como lo de Española convidaba á medir su papel é importancia en el concierto de las literaturas de la Europa moderna, exigiendo estos asuntos severas meditaciones, sobre la filosofía de la historia del arte en las edades pasadas y en la contemporánea, y como si no fuera bastante, aun se ha

(1) Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid, en la noche del 19 de Junio de 1877, por nuestro apreciable amigo y colaborador de esta Revista, el ilustrado Académico D. Francisco de P. Canalejas.

querido en el trascurso de la discusion, anunciar y advertir para los oscuros dias de lo futuro.

Todas estas cuestiones, y en general, estos estudios, son, como se indicaba, graves y abstrusos, pero no temerosos. No se esconden en sus entrañas peligros para el espiritu, que nunca los hay en el estudio, en el exámen, en la constante y bien dirigida meditacion de los problemas filosóficos y religiosos; antes al contrario, la salud y el crecimiento del alma depende en modo muy principal, de esas santas audacias del pensamiento en la empresa de conocer y amar la verdad. No hay emboscadas ni abismos en los infinitos espacios de la ciencia. Los mismos conatos y tentativas frustadas procuran á la razon provechosa experiencia, y las dudas que la embargan al advertir que no llegó á la luz, son poderoso acicate y estímulo, para nuevas tentativas y mejores ensayos.

No seré yo quien aconseje el temor y el apartamiento de los estudios filosóficos por altos que sean, por insondables que aparezcan, ni creo atinado exagerar las dificultades de la exploracion de lo infinito y de lo absoluto; porque entiendo que atemorizando la inteligencia y engendrando desvios en el ánimo sobre el alcance de la razon, se afea miserablemente la vida, atrofiando en el espiritu del hombre las mas preciadas de sus excelencias y las mas nobles de sus calidades. Estimo que la educacion pública y la dignidad social, de igual manera que la de los individuos, no crecerá en las gigantescas proporciones que exigen los problemas de la vida contemporánea, sino ahuyentando de la inteligencia, los encogimientos, los temores, las vacilaciones y las dudas previas, que nos entregan inermes y desfallecidos á las negaciones del escepticismo positivista, ó á las mas inexplicables del escepticismo teológico. Preguntar á los cielos y á los mundos, á la naturaleza y al espiritu, á la ciencia y á la fé, al fenómeno externo y á la conciencia, con ardor, con fé, con purísimo deseo de conocer la verdad sobre lo infinito y lo absoluto; tornar una y otra vez al interrogatorio con resignacion, con método atento y diligentísimo; dudar y vencer la duda y tornarla á vencer aunque se presente en grados ulteriores, sin desmayos y con indomable energia, es vivir en la ciencia y en el espiritu y del modo que cumple al ser inteligente y libre.

Al comenzar el debate el Sr. Canalejas, de quien vínculos cariñosísimos aun mas vivos que los de la sangre me vedan el debido elogio, el Sr. Moreno Nieto con abundosa é incomparable elocuencia, el señor Reus con severo juicio y elegantísima frase, el Sr. Hinojosa tan elocuente como hábil discuditor, el señor Moutoro cada dia mas profundo en su pensamiento y mas galano en su diccion, el Sr. Valle con discretísimo juicio y correctísima palabra, de igual manera que el fácil y apasionado Sr. Amat y el erudito y brioso mantenedor de la tesis Sr. Sanchez Moguel, en su bien pensada y si cabe mejor escrita Memoria, defendieron la verdad real y objetiva de la belleza, definida con sentido kantiano por la hermosa inteligencia y abundante palabra del Sr. Revilla y por la ingeniosidad inagotable del Sr. Vidart, y explicada con las doctrinas y enseñanza de un positivismo templado, sesudamente expuesto por el finísimo ingenio del Sr. Simarro.

Pero al escuchar esta discretísima controversia y al notar los conceptos que caian en la discusion, lamentaba para mis adentros el afan erudito que nos anima y nos lleva á perpétuos é incesantes renacimientos filosóficos, literarios y políticos. Al neo-escepticismo del Sr. Revilla, contestaba el neo-escolasticismo de los Sres. Hinojosa y Amat, y al neo-socratismo de los Sres. Moreno Nieto y Valle, el neo-sensualismo del Sr. Simarro. ¿Por qué no vivir en nuestro tiempo? La ciencia ha absorbido la aportacion de esas escuelas y su influencia histórica se ha convertido en un método ó en una faz de un método con que han enriquecido la filosofía los socráticos, como han dejado reglas y advertencias las escuelas críticas del último siglo en el fondo del pensamiento, á manera de aviso y consejo que corrigen las intemperancias del dogmatismo pasado, de igual modo que la observacion y las leyes inductivas han recogido no pocas enseñanzas de la psicología escocesa y de la contemporánea representada por Mill, Spencer, Bain, Taine y otros. Es un hecho que la ciencia se ha asimilado, esas invenciones y maravillas que esmaltan hoy sus métodos y procedimientos. ¿Por qué, repito, la pretension de anular la historia, la ciencia y la vida, tornando á los términos del problema filosófico tales como los vieron Platon ó Plotino, Santo Tomás ó Kant ó los sucesores de Bacon ó Locke?

Las consecuencias de estos interminables renacimientos, son

lamentables para la ciencia y para la vida. La discusion habida lo demuestra; porque si descartáramos las cuestiones puramente eruditas, serian muchos y muy importantes los puntos en que hubo acuerdo; pero se abultan y crecen las divergencias naturales á toda discusion, reproduciendo controversias históricas, y batallas ya reñidas en pasados siglos, con detrimento de la verdad presente, y de los poblemas que el génio del siglo suscita.

Las historia de la estética, resuelve y da por terminadas las mas de esas controversias, en las dos edades en que se divide desde Platon á Kant y desde Kant á nuestros dias.

En el largo período que constituye la primera edad, los conceptos socráticos predominan y sirven para la definicion de la belleza y del arte. Lo bello es una cualidad que adquieren los seres por participar de la belleza, y se representa por las cualidades de unidad, variedad, vida ó fuerza enérgica y cumplidamente expresadas.

La belleza, considerada en sí y no en los seres bellos, es una idea absoluta, increada, imperecedera, que en Dios tiene un asiento y de la que fluyen todas las demas bellezas. La belleza no es verdad; pero se identifica con el bien, enseñan Platon y Plotino; se identifican allá en el intelecto divino, en cuya suprema inteleccion son una misma cosa el que piensa, lo pensado y el pensamiento. Lo que es bueno, es bello, y nada es bello sin armonía. En la razon humana está la idea de belleza formulada y descrita, y la presencia del objeto levanta del fondo del espíritu las reminiscencias celestes que atestiguan el soberano origen de la razon, y afirmamos la belleza en cuanto concuerda el objeto con el tipo ideal, que atesora la mente del hombre. La belleza es bien: es la forma engendradora por el bien, que como puro y absoluto es amorfo, y la belleza es á manera del signo ó símbolo de lo que es amable. La belleza inspira ó enciende el amor en el hombre; el amor engendra la creacion artistica en el seno de un arroboamiento misterioso iluminado por el frenesí que acusa como una accion directa de lo divino en la mente del artista.

Dios es el tipo perfecto y acabado del artista creador y en Dios brilla perenne y puro el ideal, que es el modelo eterno. El divino artista ha realizado el ideal, dotando al mundo de

alma, inteligencia y actividad, regidas por la unidad, la proporcion y la armonía. El artista divino crea el ser vivo á imagen y semejansa del ideal eterno que en él reside, y el artista humano se limita á crear simulacros y fantasmas de la vida y de la realidad. El arte humano consiste en la bella imitacion; pero asi como hay la musa de la armonia y del órden, que educa y levanta á los poetas, existe la musa vulgar que los corrompe con placeres indebidos. El artista no debe separarse nunca en sus obras de lo que es legítimo, justo, bello y honesto para la república.

En Platon, la política se apoya en la moral y en la educacion, y la educacion se sirve de las artes como de instrumentos puramente pedagógicos y destinados de modo exclusivo á representar lo bueno, lo verdadero, lo conveniente y lo útil á la república. Ni la tragedia, ni la comedia podian vivir en el ideal platónico; solo los himnos en honor de los dioses y los epinicios que enaltecian á los héroes, eran poesias legítimas y lícitas.

No discuto la poética platónica ni sus afirmaciones; pero señalo la abundosa fuente de las mas de las doctrinas que han reaparecido en esta discusion, que tanta y tan eficaz es la influencia del socratismo! Aristóteles sostiene que la belleza consiste en el órden y en la grandeza, y repite con su maestro, que la representacion del órden, con una variedad viva, activa y determinada, causa la hermosura. Entiende que el arte debe idealizar lo real recibido del mundo exterior y hermosear hombres y cosas. El arte que expresa el alma ideal embellecida por el artista, es una produccion del alma dirigida por la razon, de suerte que reconoce en el artista una potencia activa y libre para producir, y otra puramente intelectual para concebir la idea, y apartándose de las utopias platónicas, afirma que el arte, al depurar los objetos naturales con formas mas exquisitas, purifica las pasiones y el Estagirita legitima la *música* moral, la animada y la apasionada, entendiéndose al uso griego la denominacion de música como la genérica de las bellas artes.

A estos maestros que dirigieron el estudio en la antigüedad hay que agregar el nombre del gran Plotino, que pugna por fundir y reanimar todas las escuelas nacidas del pensamiento

socrático y que consagran un libro especial en sus *Enneadas* al estudio de lo bello. El alma va desde la belleza sensible por una escala dialéctica á la inteligible, de la belleza real á la absoluta, de la materia á la forma. La materia es el fondo oscuro de las cosas: sin alma, sin vida, sin inteligencia, sin límite, es lo feo, es el no ser. El hombre apenas la concibe. La forma dota á la materia de cantidad, de cualidad, de orden, porque la forma es esencia, número, razon; y al unirse á la materia engendra la belleza, porque es la forma, bella en sí, es forma informante, y engendra su propia imágen, es el plasmante universal, como dirian nuestros escritores del gran siglo, que desde la piedra inerte al alma heróica, segun grado y conveniencia, viste de hermosura á lo existente. Lo que es bello, lo es porque participa de la forma, y recorriendo esta infinita escala de las formas, llega el alma al contacto con la segunda de las hipóstasis divinas, que es la inteligencia, asiento de la eterna belleza, y alli se pierde en el éxtasis divino.

En torno de estas concepciones se mueve el espíritu platónico de San Agustin, y Dios como belleza absoluta es el principio y la fuente de las bellezas que existen en el mundo; y en el seno de la Edad-Media apenas recogemos algun texto del Angel de las escuelas, enseñando tambien que lo bueno y lo bello son una misma cosa, porque descansan en una base comun, que es la forma, aunque al ser examinadas por nuestro entendimiento difieran ambas entidades, dado que el bien se relaciona directamente con la facultad apetitiva y la belleza con la cocnitiva, constituyéndola principalmente el orden y la armonia, estimados por la vista y el oído, ministros de la razon y en algo partícipes de su naturaleza. Lo bueno es lo que en sí y por sí deleita, lo bello lo que deleita en su percepcion.

Prescindiendo de las tendencias mas ó menos sensualistas que se desprenden de las enseñanzas de las escuelas de Sto. Tomás, es un hecho que las teorías de la belleza quedaron como olvidadas en el transcurso de las escuelas cartesianas, mas dadas al estudio de las ciencias y de la geometría, que á la consideracion del sentimiento y de las artes; y es necesario llegar á los primeros dias del siglo XVIII para reanudar la historia, recogiendo en los libros de Crousaz y el P. Andrés teorías platónicas y agustinianas que sirven á su vez de precedente á los

trabajos de Hutcheson, Burke, Reid, y por último á los de Baumgarten, que imprimen nueva direccion al estudio pre parando con las nóvedades del exámen psicológico, mas ó menos sensualista, la aparicion de la crítica de Kant. La belleza se origina de un sentido interior distinto de los demas y diferente de los externos, decia Hutcheson preocupado con su siglo del problema del origen de los conocimientos; «es necesario distinguir entre el sentimiento de lo bello y el juicio de lo bello», advertia Reid, y el gusto es la facultad que discierne, es el juicio que acompaña inmediatamente á la percepcion ó sentimiento de lo bello, y Baumgarten, mirando la importancia de este estudio creyó que debia considerársele como ciencia, llamándole estética y definiéndolo como la gnoseología inferior que conduce á la perfeccion del conocimiento sensible, que es la belleza, porque no hay otra especie de belleza que la sensible.

Al iniciar Kant, con su *Crítica del juicio*, la segunda edad de la historia de la estética, sirve á la razon y á la ciencia, evitando de un lado la pendiente sensualista por que iba empujada, llamando la atencion de otro sobre las fáciles afirmaciones del dogmatismo filosófico de platónicos y aristotélicos. Pero si en vez de aceptar de lleno las doctrinas sobre el sentimiento y la percepcion de lo bello de las escuelas anteriores, hubiera sometido á su potente análisis las enseñanzas de aquella psicología equivocada por lo que respecta al juicio de la belleza, no hubiera Kant llegado á las conclusiones que se leen en su famosísimo libro. No acompaña el juicio á la percepcion de la belleza; no preside el juicio á la pena ó al placer que causan los objetos bellos ó feos, ni tampoco es el juicio la facultad especial que Kant emplea en esta tésis, siguiendo á los psicólogos del tiempo. Pero á vueltas del vicio radical de la crítica de Kant, que nace de criticar el elemento neológico y dar por cierto el elemento psicológico de las escuelas anteriores, no es lícito desconocer que todas las variantes de la reminiscencia platónica como idea innata, norma previa, conocimiento anterior y *á priori* de la belleza, quedan recludos en el pensamiento subjetivo, y solo se salvan de la enseñanza anterior las afirmaciones de que el juicio estético, era necesario, universal, desinteresado, sin concepto propio ni finalidad, quedando entre nubes en el inexplorable mundo del objeto, la belleza real ob-

jetiva, y luciendo solo la idealidad subjetiva, como única fuente de inspiracion.

El fecundo, fecundísimo rompimiento de la historia de la estética que tranquilamente se tegia y que corta Kant de golpe, produjo el efecto propio é inmediato de la escuela kantista en Krug, Boutterveck, en Sulzer y otros discípulos que entendieron la belleza como la forma perceptible del fenómeno; denominaron *gustologia* á la estética, y olvidando la necesidad y la universalidad del juicio estético, reconocida por Kant, llegaron á puros juicios individuales y voluntarios; pero de otro lado hizo patente la necesidad de plantear de nuevo la cuestion de la belleza y del arte á los ojos de la razon humana.

FRANCISCO DE P. CANALEJAS.

(Continuará.)

EL ESPEJO ROTO.

¡Qué terrible desgracia te devora!
Se ha hecho añicos la luna de tu espejo
y no ves la lisonja del reflejo,
la imágen de tu faz encantadora.

Mientras tu vanidad asi deplora
su catástrofe atroz, oye el consejo
de este tu buen amigo, casi viejo,
que sabe tu infortunio y no le llora.

Mas que tu espejo es frágil la hermosura
que viste en él con vana complacencia;
no llores mas lo que tan poco dura.

Mira dentro de tí con insistencia,
y eternamente hermosa ser procura
ante el limpio cristal de tu conciencia.

EDUARDO BUSTILLO.

BOLETIN BIBLIOGRAFICO,

PÁGINAS PARA LA EDUCACION POPULAR.—Con este título ha publicado un precioso libro nuestra apreciable amiga la ilustrada literata D.^a Sofía Tartilán, con cuyos trabajos se honran frecuentemente las páginas de nuestra Revista. Esta obra, interesante para todos, debe ser leída muy detenidamente por las madres de familia, que de seguro encontrarán en ella sanos y provechosos consejos que las sirvan para ir formando el corazón y la inteligencia de sus hijos.

La trascendencia y oportunidad de esta obra notable, ha sido reconocida por los mas importantes periódicos que, al estudiarla en sus críticas, no han escaseado los aplausos á su discreta autora, señalando las bellísimas ideas y los elevados conceptos que en sus capítulos se encierran.

El principal objeto de este libro es presentar cual es el grado de ilustracion en que la mujer se encuentra en nuestros días, señalando los medios mas acertados para que la compañera del hombre se dignifique, elevándose al alto puesto que en nuestra sociedad le concede la cultura moderna. Este delicadísimo asunto, ligado con la necesidad que tienen de ilustrarse las clases populares y lo urgente que es atender á la educacion de los niños pobres, se halla en la obra de que nos ocupamos muy discretamente tratado por la Sra. Tartilán, y sus pensamientos y las soluciones que indica, acusan no solo su talento, sino los detenidos estudios que sobre la materia tiene hechos, su conocimiento del corazón humano, y lo profundamente que ha sondeado las llagas de nuestra sociedad, cuyas deformidades todas son hijas de la ignorancia y del abandono en que se ha dejado en nuestra patria la instruccion popular.

Otra seria la cultura de nuestro pueblo, y otra la situacion de nuestro desdichado país, si hace muchos años los gobiernos hubieran dedicado su atencion á tan trascendental asunto, adoptando algunos de los medios que ahora con mucha oportunidad propone nuestra estimada amiga en su obra, por la cual la felicitamos, recomendando á todos la lectura de tan útil é interesante libro.

Ha sido editado por el Sr. Anllo y Rodriguez, Madrid, Olivo, 6; y se halla de venta en las principales librerías. Precio, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

Continúa publicándose en Madrid, cada vez con mayor éxito, la notable ilustracion universal que con magníficos grabados y la colaboracion de los primeros literatos de España y Portugal, dirigen los conocidos académicos Sres. Tubino y Rada. El último número comprende lo siguiente:

Texto.—Notabilidades artísticas: Ponciano Ponzano, por F. M. Tubino.—Literatura San Pedro me valga; cuento popular, por D. Antonio de Trueba.—El centenario de Rubens.—Revista académico-universitaria.—Revista de Tribunales, por D. Juan de Hinojosa.—Narciso Serra, por D. Eusebio Blasco.—Serra, poesía, por D. Pedro Maria Barrera.—Hechos históricos: Crónica de la guerra de Oriente.—Música.—Calendario de «La Academia» del 8 al 15 de Octubre.—Anuncios.

Grabados.—Narciso Serra.—Ulises y Euriclea, grupo de Ponzano.—P. P. Rubens.—Centenario de Rubens.—El Santón.—Castillo de Chinchilla.—Bombardeo de Vidin.

Director—propietario,
ANTONIO LUIS CARRION.